

es decir, cometiendo los dos atentados típicos de la barbarie.

La plebe del interior levanta aquí como símbolo de su ideal, una alpargata en la punta de una caña. Así, a la vez, se glorifica y se define. Esa alpargata significa en ella lo que las alas talaras en el numen antiguo: la marcha triunfal; pues la soberana demagogia llevó siempre (Mercurio era un dios popular) su ideal en los talones.

Otras inquietudes más profundas, si no más graves, padecemos todavía.

Colombia sigue esperando de los Estados Unidos la justicia que le deben por ley de honor, y todos participamos de su inicua pena. Ello hace más contra la gran República que diez contrastes diplomáticos. Si, como es desgraciadamente posible, el nuevo conflicto con México empeora, la intervención de los Estados Unidos, por moderada que fuera, causaría, sumándose con aquello, grave detrimento a su influencia continental. El sombrío asunto de Tacna y Arica sigue manteniendo a tres naciones en temperatura febril, como una herida mal curada.

Por otra parte, la sospecha de que el pangermanismo, derrotado en Europa, intentaría recobrar aquí, está ya verificándose. Llegan a nuestras playas verdaderos cargamentos de alemanes, de nobles y de militares de profesión, que el gobierno debiera haber rechazado como inmigración inaceptable o peligrosa, y que van a instalarse en los ya conocidos puntos fronterizos de vinculación pangermánica: Misiones y el Neuquen. Nuestra incuria optimista prepáranos, quizá, sorpresas desagradables a plazo no muy lejano; pero en todo caso, habría valido la pena que se vedara el acceso del país a la doble plaga nobiliaria y militarista. Nuestra democracia trabajadora arriesgará su salud al contacto de esas castas odiosas.

Tal es, a grandes rasgos, lo que comprometería el aislamiento americano, cuyo mero conato se encarga de comentar acto continuo la recientísima actitud de Alemania, ante la ratificación de la paz. La miserable reducción de la victoria americana a un asunto de política interna, aborta en espina bajo el árido soplo del egoísmo. La soberbia lleva en sí misma el castigo, pues se encarcela con aislarse en su agujero de víbora. Allá le salen profusos los dientes del rencor y se le acendra cada vez más la ponzoña. Pero su aborrecida madriguera es siempre el término de un camino de soledad.

LEOPOLDO LUGONES.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Envío de R. Martínez Solimán.

## Algunas páginas de Froylán Turcios

### VUELO IGNOTO

ALMA, remóntate a las alturas inaccesibles, más allá de las nubes errantes, en los diáfanos éteres de zafiro.

Elévate sobre las cumbres en donde el águila negra afiló la metálica uña y en donde las rocas parecen de plata de tanto sentir el fuego del sol.

Sobre los mares y las cordilleras, sobre las muchedumbres y los desier-



FROYLÁN TURCIOS

Asiduo y fino cultivador y propagador de las bellas artes en Centro América. De algunas semanas a esta parte, nuestro distinguido huésped.

tos, álzate en súbitos ímpetus y reposa serenamente en el aire constelado, en pleno olvido de las cosas que fueron.

Sube, asciende, libre de todo efímero lazo terreno, ágil como un pétalo en el cerúleo espacio, cual mariposa encantada en la perpetua luz de los orbes.

Lejos del mísero soplo humano, del roce de las almas inferiores; fuera de la órbita de los pensamientos plebeyos y de los oscuros designios, traza a tu alrededor un amplio círculo resplandeciente en donde puedas gozar de la absoluta ilusión de la Belleza.

Corónate de átomos rutilantes. Perfúmate con el aroma de los siderales jardines. Embriágate con la música de los Universos.

Vuela, en la hora ambiciosa de la nocturna esperanza, con las alas qui-

méricas del sueño, hacia el ignoto arcano de los firmamentos... Y que el alba te sorprenda en tus éxodos mágicos en pos del Ideal, toda vestida de fulgores, con que puedas iluminar a tu paso las penumbras de la Vida.

### OASIS AMABLE

Los libros hicieron rebosar de tristeza mi corazón, torturando mi pensamiento. El análisis mató mis ilusiones y envenenó mis días. Ya en mi alma no se refleja la hermosura de las cosas, como las nubes errantes en el espejo de las fuentes.

Enfermo de saber y de cultura, vengo a tu agreste rincón ¡oh Menandro! a beber, bajo los tupidos ramajes, un sorbo de agua fresca.

Quiero reposar en paz en la penumbra de la selva, sobre la tierra silenciosa, lejos de la estéril sabiduría de los hombres.

Recostado en la verdura de los gramales, aspiraré el perfume de los céfiros, soñando en una Arcadia ignota, bajo los cielos de zafiros.

Y si me duermo, caerán, lentamente, sobre mi rostro inmóvil, las hojas secas...

### LAS GARRAS DEL TIGRE

I

EN la casa montañera resonaban terribles lamentos en la sombría noche de junio.

La alegre Juanita, de once años de edad, fué víctima de la bestial lujuria del bandolero Jose Garmendia (a) *el tigre*, que merodeaba por llanuras y serranías, marcando su huella con toda clase de infamias.

La pobre criatura fué asaltada por el feroz criminal a cien metros de la casa, en la vereda del *Ojo de Agua*. A sus agudos gritos acudieron la madre y las hermanas, pues los hombres no habían regresado de los tabacales de la vega. Pero llegaron tarde. El bruto —tras la vil satisfacción de su deseo— huía velozmente por entre los árboles.

Juanita yacía inmóvil sobre el sendero, con las ropas desgarradas, medio desnuda y cubierta de sangre. El bandido, en la exasperación de su animalidad, y ciego por la resistencia, la golpeó horriblemente. Los ásperos dedos señalábanse en la blancura del cuello infantil y de las pálidas sienas manaban hilos de púrpura.

Apenas pudo decir el nombre de su